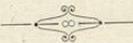


A JOAQUIN D. CASASUS.



El genio, la locura, ¿quién decide
tan difícil cuestión? ¿quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra?....

G. NÚÑEZ DE ARCE.

I

¡Qué espléndida ovación! Nunca la escuela
un día tuvo como aquél. El sabio
dejó correr de su elocuente labio
«la Ciencia y la Verdad á toda vela.»

Así en términos suyos repetían

sus discípulos todos en la arcada
monumental del edificio. «Bueno,
hijos míos, adiós. ¡Qué bien decían
antaño: sólo sé que no sé nada!
La Ciencia es todo hoy. El mundo lleno
está de su fulgor; y Dios, señores,
se recoge en las últimas trincheras
con su cauda de vates soñadores,
de espíritus sin método, de errores,
viejos restos de trasgos y quimeras.
Los secretos se van. Sólo su rastro
asombra aún los ánimos pequeños
en acumulación de herencia insana;
y la unidad, del átomo hasta el astro,
libre ya de temores y de ensueños,
ve y analiza la conciencia humana.
Adiós, por otra vez. En las abiertas
galerías, los ¡vivas! resonaron
entre aplausos al sabio esclarecido;
y en una onda, por las anchas puertas,
en la vecina calle se volcaron,
dominando del tráfico el ruido.

La luz crepuscular ráfagas rojas
lanzaba en el zafir diáfano y puro,
pira triunfal sus llamas parecían;
y del jardín cercano entre las hojas
la sombra y el color en claroscuro,
sus estambres efímeros tejían.

El maestro marchaba lentamente
como la luz occidua. En el ambiente
se respiraba un vaho delicioso
de vida vegetal. Conciliadora
la actividad entraba en el reposo,
hamaca por el tiempo preparada
que recoge á su tránsito la Aurora.
Así llegó feliz á su morada,
atravesó la puerta, y al criado
preguntó en el portal, grave y erguido:
¿Ha llegado Anaxímenes? Su oído
acarició una ráfaga: Llegado.

Y comenzó á subir por la escalera
amplia y hermosa de la altiva casa,

desdeñoso y solemne, cual si fuera
supremo Dios que la ignorancia arrasa.
No estaba en el salón Anaxímenes
(Anaxímenes siempre en su lenguaje)
su hijo, hijo único, celaje
de su existencia azul, nido de bienes.
Dirigióse al balcón. . . . Estaba abierto;
y la luz del brillante plenilunio
bañó su frente blanca y espaciosa;
y también el balcón halló desierto.
«No está aquí,» dijo. No era el infortunio,
sino la dicha de vivir, ansiosa,
lo que animaba su alma en ese instante:
un beso de su hijo era una cosa
que buscaba en las noches anhelante.
Y penetró de nuevo. Vacilante
del cuarto de Anaxímenes salía
un tenue resplandor. . . . ¡Ah! ¿qué sentía
su corazón ahora? El golpe claro
y uniforme del péndulo le asusta;
y exclama estremeciéndose:—es muy raro,
yo no sé qué me inquieta y me disgusta.

. . . . Llega y le mira, inmóvil, extendido
sobre el intacto lecho, se aproxima,
baja á su frente la cabeza cana
por besarla, creyéndole dormido,
y fulminado se desploma encima.
Pero no era cierto, no era cierto. . . .
Aquel joven feliz de veinte años—
su obra más acabada— ¡estaba muerto!
. . . . De repente se irguió; ¿qué desengaños
le esperaban allí? En la pequeña
mesa de noche contempló, con mudo
y mortal estupor, la carta, el pomo;
y lo mismo, lo mismo que el que sueña,
un vaso á medias lleno. . . . ¿Cómo pudo
tomar la carta entre sus manos? ¿Cómo?
¿Y leerla una vez y veinte y ciento?
¡Oh luchador! caíste en tu escudo;
pero exhalando pavoroso grito
que resonó en los términos del viento,
arrancado á tu pecho de granito.

Y qué cruel la carta: «Padre, padre,

no dudo de tu ciencia, yo la adoro;
pero una voz, la de mi santa madre,
me habla de Dios en cláusulas de oro.

«Mi corazón heriste. No te acuso.
¡Me has enseñado tanto, tanto, tanto!
Pero algo Dios se reservó y no puso
á tu alcance: vencer mi desencanto.

«Crece la Ciencia, sí; pero la esfera
del eterno y fatal desconocido
se ensancha, y nos invade por doquiera.
¡Oh, padre! las tinieblas han crecido.

«Cuando se apague el sol, ¿cuál el objeto
de tu Ciencia será, si no ascendiste
el espíritu humano hasta el secreto
que busco yo, desanimado y triste?

«Saber para vivir la vida breve
del mísero planeta, que al aliento
del torbellino va, como una leve
arista arrebatada por el viento,

«es pequeño y brutal. Tendió su escala
Darwin, Jacob del pensamiento humano,
para ascender así, plegada el ala,
pero siempre hacia Dios, que es el arcano.

«Al oírte decir en el glorioso
trípode de la cátedra: Preciso
es matar el instinto religioso,—
mi alma abandonó tu paraíso.

«Perdóname, no sé. . . . para mis años
era mucha la ciencia de los tuyos;
¡ah! la Verdad engendra desengaños,
el que recibes hoy, es de los suyos.

«Conservo entre tus libros y los míos
un libro de oraciones. . . . ¿no te enojas?
tiene lágrimas secas. . . . desvaríos
de mi madre.... y tu nombre entre las hojas.

«Para decir mi confesión amarga,
necesito morir. ¿Cómo podría

arrojar de mis hombros esta carga
ante tus ojos, á la luz del día?

«Nunca te amé como te amo ahora
que te dejo y me voy.... ¿Mas cómo hablarte?
¡Si no tengo valor! . . . Y halagadora
al oído una voz, me dice: parte!

«Y parto con el alma recogida
como en un cáliz de piedad. Mañana
á las plantas de Dios será ofrecida
por mi madre, tan buena, tan cristiana.

«Al guardar en la tierra mis despojos,
tú me dirás ¡adiós! de pena ciego;
vueltos á Dios mis suplicantes ojos,
yo te digo al morir: ¡Padre, hasta luego!»

¿Y qué pasó después de la caída?
Las horas sin instantes de la fiebre,
y los días y noches sin medida
no hay hilo intelectual que los enhebre,

un paréntesis fueron en su vida.
Tornaba la memoria débil, lenta,
á perfilar la costa abandonada
entre una onda obscura que revienta
en las riberas del recuerdo, airada.
¿Era sueño ó delirio? La corriente
le arrastraba en sus olas; á ocasiones
en un remanso detenido al paso
circulaba; escuchando, de repente,
ayes y gritos, cantos y oraciones,
y viendo el sol muy pálido en Ocaso. . . .

II

¿Y su razón? ¿Y su razón perdida?
Partió como un corcel; la crin revuelta
al viento huracanado de la vida,
como manojos de centellas suelta,
en medio de la noche enmudecida.

Resonaban sus cascos con un seco
golpear en sus sienes, reciamente,
y en las tinieblas contestaba el eco
riendo ó sollozando indiferente.

El abismo es así, hórrida fauce
atrae como el imán, mata y alienta;
¡ay de la linfa que abandona el cauce
alentada al furor de la tormenta!
Y llevaba las manos á la frente
el viejo pensador con un violento
ademán de pesar. ¿En qué torrente
cayó como una flor despedazada,
entre la tempestad, su pensamiento?
Interrogó á las sombras. . . . ¡Nada! ¡Nada!
Mantúvose mirando embebecido
algo visible en el espacio obscuro
sólo á sus ojos; y que de hondo olvido
brotaba como el sol, muy tierno y puro.
Aspiraba ansioso la fragancia
de flores nuevas, plácidos sonidos
de fiestas alegraban sus oídos:

el lejano recuerdo de la infancia.
Su madre, de piedad divino ejemplo,
le acercaba al altar; y de rodillas
escuchaba las pláticas sencillas
del anciano pastor. Llenaba el templo
la muchedumbre, á la palabra santa
comprimiendo el sollozo en la garganta,
de gozo ó de dolor, que la alegría
y la pena se funden en el llanto;
Jesús en el altar resplandecía,
y el áureo coro desgranaba un canto.
¡Qué extraña entonación la del salterio!
él escuchaba de ternura herido,
en un intenso raptó recogido,
y su madre lloraba. . . . ¡Qué misterio!

El cuadro se borró. ¿Qué mira ahora
y qué rumor distante se levanta?
Hay luz en su memoria, luz de aurora,
y su primer amor revive y canta.
El primero y el único. El Colegio
amaba más que el templo; pero puede

afligir á su madre, si no cede
á repetir el santo florilegio.
Y en la iglesia la vió, sola y de hinojos,
la plegaria, miel mística, en la boca;
la fe hecha luz en los azules ojos
y cubierta la frente con la toca.
Ella le vió también; el sentimiento
que la embargó fué rápido, los cirios
bañaron con amor la pensativa
faz que inclinó con dulce movimiento,
blanca con la blancura de los lirios,
sintiéndose al vencer también cautiva.

Era él casi un sabio entre los sabios;
pero al verla tan bella se dilata
su sér en algo nuevo que le aleja
de sus libros un punto, y que sus labios,
siempre tan elocuentes, no desata;
ni cuando un día se llegó á la reja
y trémula de amor como una hoja
entre sus manos estrechó la suya;
oyó como una música: Soy tuya! . . .

mientras el llanto sus pupilas moja.
Le alzó un templo: el hogar; y ella, la santa,
cuando en sus brazos expiró, le dijo:
No era posible, no, ventura tanta;
cree siempre en Dios, por Dios;— y le bendijo
dejándole su alma y su belleza,
bañadas en un tinte de tristeza,
en la gentil figura de su hijo.

¡Qué dolor tan cruel! La criatura
qué hermosa, sí; pero la vida rota
por la del blanco niño que nacía
nunca pudo olvidar; y la amargura
destilaba su hiel, gota por gota,
en su existencia; y de su amor surgía
el recuerdo, su madre, ella . . . y en tanto,
Jesús en el altar resplandecía
y el áureo coro desgranaba un canto!

Mirábase en los ojos del vidente,
á pesar de sus lágrimas, risueño,
el crepúsculo vago que en la mente
separa el pensamiento del ensueño.

Que separa ó que une, ¿quién podría
de esa duda romper el negro broche?
No es la obscura sombra de la noche,
tampoco es el esplendor del día!

Y no volvió á la cátedra. Pasaba
las horas invocando á los ausentes;
y muchas de rodillas, y lloraba
ocultándose lejos de las gentes.
Ansiaba penetrar en el santuario;
pero solo, muy solo, sin testigos;
y allí contar las cuentas de un rosario
que fué de su mujer. De sus amigos
huía como un réprobo. Rumores
extraños en las aulas circulaban;
que estaba loco algunos afirmaban,
otros, lleno de penas y dolores.

Ya nunca por las noches dirigía
su anteojo de sabio á las estrellas;
á veces, como un niño, hasta creía
lo que en la cuna le contaban de ellas.

Olvidaba la Técnica, y los nombres
vulgares de los astros repetía
en sus horas de éxtasis; las huellas
de las almas creíalas. Los hombres
ya no le recordaban. Su memoria,
sus trabajos, sus triunfos y su gloria,
quedaban sólo en la palabra escrita
de sus libros sublimes, y en la historia
de la Ciencia, la pálida infinita.

Una noche de Agosto, las errantes
estrellas, como lágrimas de oro,
caían en el seno ennegrecido
del espacio sin límites; tremantes
las frondas, en redor, gárrulo coro
llevaban en el viento hasta su oído;
y él lloraba, lloraba sin consuelo,
lágrimas que la sombra recogía,
la negra sombra en que también caía
el llanto fugitivo de aquel cielo.
¿Qué miró? ¿Qué escuchó? ¿Qué visión rara
vió pasar por sus ojos, refulgente?

¿Qué voz le habló? ¿Qué voz? ¿Qué voz amante?..
Luz interior iluminó su cara,
cayó de hinojos, humilló la frente
y, nuevo sér, se levantó radiante!

III

Iba á empezar la cátedra aquel día;
la sala estaba, como nunca, llena,
y por el corredor, zumbar se oía
á la incansable, estudiantil colmena.
El joven profesor, el sustituto
del maestro inmortal, vió sorprendido
penetrar por la puerta al pobre anciano;
allí estaba. . . . temblando, el rostro enjuto
y lívida la tez, de muerte herido,
puesto de puntas el cabello cano.
Apenas saludó con la mirada,
bajo la blanca ceja adormecida;
ocupó su sillón; y no su frase:
decían —tantan veces repetida—
antaño sólo sé que no sé nada. . . .

su boca sin color, casi sin vida,
pronunció como epígrafe de clase:
Señores, sé que hay Dios.... dijo, y al suelo
se desplomó, llorando sin consuelo.

